

historia de los cuatro periodos conciliares (c. 6-9); una valoración de conjunto desde el capítulo VI de *Dei Verbum* (c. 10).

En estos estudios el autor pone de manifiesto su buen conocimiento de las fuentes (*Acta Synodalia*), y muestra un buen conocimiento de la bibliografía reciente (la *Historia del Vaticano II*, bajo la dirección de G. Alberigo, en particular), así como los principales diarios conciliares de los teólogos y expertos. SANTIAGO MADRIGAL

Justo Domínguez, Emilio José. *La salvación. Esbozo de soteriología*. Salamanca: Sígueme, 2017, 286 pp. ISBN: 978-84-301-1980-6.

El profesor de la Pontificia de Salamanca, Emilio J. Justo Domínguez, ha tenido la valentía de ofrecer un manual accesible de soteriología, después de tres obras centradas en la libertad. En el prólogo (9-11) plantea la centralidad antropológica y teológica de la cuestión de la salvación, razón que fundamenta la necesidad del libro. Aprovecha para explicar la estructura del libro, concebido con una intención sistemática (10).

En la introducción (13-23) se presenta una suerte de *status quaestionis*. Se trata de mostrar todas las ramificaciones de la idea de la salvación, así como las principales formas bajo las que se presenta. Este punto de partida le sirve para ubicar la soteriología: un tratado naciente en teología, pues el tema sobrenada a diversos tratados, a la vez que resulta necesario un abordaje monográfico y sistemático. El presente ensayo se sitúa en la segunda perspectiva. En realidad, da la impresión de que precisamente en la soteriología se daría la costura entre la antropología, la persona humana con su sed de salvación, y la teología, la respuesta de Dios a esta sed, con la cristología en su centro.

La construcción sistemática del profesor Justo Domínguez se articula en cinco capítulos. Comienza con «La pregunta por la salvación» (25-65). La tesis central se condensa así: «el hombre, si no quiere recortar un aspecto básico de su ser, ha de plantearse la pregunta por la salvación, que lo pone ante sí mismo y ante el misterio de la realidad» (25). Esta pregunta aflora desde una gama diversa de perspectivas: la realidad antropológica de la persona tomada en sus dinamisismos de aspiración a la plenitud; la búsqueda de la felicidad; el choque con la finitud; el interrogante del misterio del mal. Desde estos interrogantes, Dios aparece como la respuesta. La clave de fondo, por tanto, apunta a que la sed es un indicio de la existencia de la fuente que la sacia.

El capítulo segundo aborda «La experiencia de la salvación» (67-109). Hace un recorrido por las categorías con las que se formula esa experiencia tan amplia, profunda y polimorfa como es la salvación en el A. T. y, sobre todo, en el N. T. Así, recorre: la comunión con Dios en sus diversas configuraciones; la liberación del mal; la expiación del pecado y la nueva creación. El capítulo

culmina con una síntesis de soteriología bíblica (102-109), donde se muestran los elementos esenciales de la salvación: comunión con Dios (105), liberación del mal y del pecado (106), reconciliación con Dios, con los demás hombres y con la creación (106), todo ello aconteciendo en la historia, con apertura escatológica, en una dinámica relacional que incluye un protagonismo secundario de la persona humana.

El tercer capítulo quiere justificar la salvación desde la figura del salvador (111-178). Se trata, pues, de una cristología soteriológica: «El planteamiento cristológico de la soteriología presenta a Cristo en su acción redentora» (111). Realiza un esbozo de figuras salvíficas en el A. T., para luego centrarse en Cristo en una triple perspectiva. Primero, como salvador (119-125), en cuanto medida de la verdadera humanidad, a la vez que Dios encarnado, muy en consonancia con GS 22, texto al que se alude con relativa frecuencia a lo largo del ensayo. Segundo, como actor de la salvación, en una presentación sintética de los misterios de su vida (126-167), desde la encarnación hasta el misterio pascual, descenso a los infiernos, resurrección y parusía incluidos. Así, Cristo, nos representa a todos y a cada uno, no nos sustituye. Su entrega por nosotros (*hypér*) genera la posibilidad universal de la salvación. Al hilo de estas reflexiones formula lo que pudiera ser la idea personal sistemática central de la monografía: «De esta forma, un hombre participa de la gloria de Dios, creando el espacio personal, en cuanto cabeza de un cuerpo y “Primogénito de entre los muertos” (Col 1,18), para que los demás hombres puedan participar en la vida eterna, haciendo posible la relación personal con él mediante su corporalidad espiritualizada (1Cor 15,44) gracias a la acción del Espíritu Santo que vincula a él» (161-162). En tercer lugar, encara la unicidad del Salvador (167-178), entrando en el debate suscitado por la teología pluralista de las religiones y defendiendo el puesto único y singular de Cristo en la salvación de todos.

El capítulo cuarto versa sobre «La comprensión soteriológica» (179-221). El objetivo último sería encontrar una formulación de la salvación comprensible para el hombre moderno (179). Como paso previo, es necesario apropiarse de la comprensión tradicional y de las principales propuestas modernas. Así, aborda tres categorías fundamentales: la divinización (180-186), la redención del pecado (186-193) y la justificación del pecador (193-204). En todas ellas habría elementos positivos a mantener. En un recorrido apretado, nos ofrece un elenco de los principales modelos soteriológicos contemporáneos, todos ellos con aspectos positivos (204-220): el antropológico de Rahner, el dramático de Balthasar, el liberador de la teología de la liberación, el de solidaridad y encuentro de Olegario González de Cardedal, el de comunión de Greshake, el de libertad de Pröpper, el de iluminación de la teología ortodoxa, el de reconciliación de Barth y Sesboüé.

El quinto capítulo intentaría una comprensión sistemática de conjunto, con el título «El don de Dios para el hombre» (223-270). La idea central consiste

en que: «La salvación es Dios mismo que se da al hombre como don» (223). La lógica que sigue evoca una concepción de corte histórico salvífico. Se parte del proyector original del creador, vinculando creación y salvación. Seguidamente se indica el fin: la salvación apunta a la vida eterna, como comunión con la vida eterna del Dios trino y amoroso. Volvemos a encontrar la idea clave para nuestro autor del *espacio*: «Esto supone el hecho de que el hombre ha de ejercitar su libertad para participar de la salvación, pues Dios cuenta con él y le ha abierto un espacio para que se incorpore a la vida trinitaria y participe de las relaciones propias de la comunión divina» (241). A continuación, se formula la presencia de la salvación en la historia desde la categoría de la reconciliación, insistiendo simultáneamente en el don gratuito y en la participación en la acogida de este don, a la vez que la reconciliación se abre hacia Dios y hacia los demás hombres. Como cuarto paso, esto desemboca en las mediaciones operativas de la salvación, que la hacen presente en la historia. Aquí se esboza el sentido de la Iglesia, como sacramento de la salvación, de los sacramentos y de la liturgia. Finalmente, se aborda la vida nueva que genera la recepción de la salvación, caracterizada como «existencia eucarística», configurada por las tres virtudes teológicas y comprometida con la extensión de la salvación.

Una conclusión (270-274) cierra el ensayo, con una serie de insistencias. La necesaria articulación de lo teológico, cristológico, pneumatológico, histórico-mundano, cósmico, eclesial y sacramental. Pero también del don divino y la responsabilidad de la libertad humana, secundaria pero imprescindible. Se adjunta una bibliografía básica (275-276), un índice de nombres (277-282) y un índice general (283-286).

En conjunto, no cabe sino felicitar muy sinceramente al autor por su valentía al afrontar un trabajo tan exigente y difícil, su conocimiento del tema y su claridad en la exposición. La bibliografía manejada es muy abundante y actualizada, con predominio del ámbito germano, en el que se ha formado, y una buena representación del panorama español, sin desdeñar obras en italiano, francés e inglés. La estructura del ensayo es clara, si bien da lugar a repeticiones. Por ejemplo, el tema del perdón, bajo diferentes formulaciones, se aborda al menos en los capítulos segundo a quinto. Se aprecia, desde luego, la centralidad de la salvación como punto de engarce para entrar en diálogo con una sociedad tan necesitada de salvación, a la vez que la complejidad del entramado de categorías con las que esta realidad tan profunda aparece formulada en la Escritura, asociada a la obra de Cristo y al designio mismo de Dios. Queda un tanto en el aire si se ha ofrecido una versión sistemática que permita una comprensión de la salvación, de tal manera que resulte fácil decir en qué consiste, a pesar del esfuerzo sintetizador del capítulo quinto. Al final, la realidad polimorfa de la salvación, glosada de diversas maneras desde el capítulo primero, parece imponer su lógica desbordante, necesitada de un registro variado de categorías y aproximaciones. GABINO URÍBARRI, SJ